



CARTAS Á UN NIÑO

SOBRE LA ECONOMÍA POLÍTICA.

(Continuacion.)

VI.

Despues de haberte explicado en mi última lo que son *oferta*, *demanda* y *valor*, quiero que sepas lo que es *precio*. Su definicion no puede ser más fácil; tan fácil, que apuesto doble contra sencillo á que la tienes en la punta de la lengua.

¿Qué puede ser, con efecto, el precio sino la suma de monedas que damos por un objeto ó el valor de un objeto expresado en dinero? Pero como habrás observado que me gusta ampliar las definiciones y meditar un poquito sobre ellas para hacerlas más comprensibles, deseo que recuerdes lo que te dije en mi anterior respecto al comercio de tu

papá. Deducíamos de él, si no me equivoco, que su trabajo ó su produccion intelectual se cambiaba en el mercado social por cierto número de monedas. Como cada una de dichas monedas puede ser el precio de un objeto, resulta que precio es tambien la parte de nuestro trabajo que entregamos á otra persona en cambio de una cosa que recibimos de sus manos; ó de otra manera, la suma de valores que nos cuesta la posesion de un objeto extraño.

El precio puede y debe considerarse dividido en *necesario* y *corriente*: esta diferencia es sencillísima como te voy á demostrar. Si tú te dedicas, por ejemplo, á fabricar chocolate, tu primera necesidad

será adquirir el cacao, el azúcar y demas materias que entran en su elaboracion. Despues pagarás al obrero que te auxilia en el negocio, y al terminar la operacion podrás comprobar que has gastado 100 reales entre unas y otras cosas para obtener 20 libras de aquel producto. Los 100 rs. representan el precio *necesario* de las 20 libras de chocolate. Pero como tu idea ha sido especular con aquella industria, pones á la venta tu chocolate á ocho reales libra, lo que te produce tres de ganancia en cada una ó tres duros en la total elaboracion. Los ocho reales son el precio *corriente*.

Luego precio *necesario* ó *natural* es el que tiene de coste un artículo, al paso que *vulgar* ó *corriente* es el que tiene en el mercado.

Para fijar el primero no hay que romperse mucho la cabeza: basta con saber sumar. El segundo no es tan fácil de determinar. Acuérdate del diluvio de salmon que llenó el mercado en mi última carta, é hizo que los comerciantes que lo habian comprado en la costa á dos y habian tenido que pagar otros dos por su conduccion á Madrid, se encontraron primero con una gran competencia, y despues con que los consumidores llegaron á cansarse de aquel pescado y tuvieron que darlo por la mitad de su precio necesario para no perderlo todo. Luego el precio corriente se fija por la rela-

cion que existe entre la oferta y la demanda.

Figúrate además que comercias en paraguas y que no cae una gota de lluvia: la poca *utilidad* de tu mercancía la hace bajar de precio; pero compras luégo una gran partida de trigo, y como no llueve y la cosecha puede darse por perdida, la *necesidad* del trigo hace subir de precio tu mercancía. Luego la *utilidad* y la *necesidad* de las cosas contribuyen en gran manera á determinar su precio.

Una pregunta incidental. ¿Cuáles son los objetos cuyo precio fluctúa más? De fijo que tu mamá lo sabe, á pesar de no escribir libros ni tener una cátedra, y mejor aún tu antigua nodriza y actual ama de gobierno. Los más *necesarios*. Y esto se explica perfectamente: el salmon puede conservar su precio, porque no todo el mundo puede comerlo y se halla limitado su consumo á las clases acomodadas; pero el pan que se consume en todas las mesas, el pan que es el primer artículo necesario, debe tener, y lo tiene realmente, un precio muy variable. Tú, que eres un niño, puedes haber notado sus casi diarias alteraciones, y recordar que el mismo pan que hoy te cuesta 14 cuartos, lo has pagado no hace mucho á 28. Compara esta variacion con la de los demas artículos de consumo en el mismo período, y

verás que unos han bajado de ocho á cinco, otros han subido de 15 á 20; pero ninguno como el pan ha duplicado ni rebajado su precio en una mitad.

A pesar de todo esto, tal vez pretenderás que te explique en qué debe fundarse un comerciante para fijar precio á su género; y como quiero dejar satisfecha del todo tu curiosidad, te diré que su punto de partida no debe ser otro que el coste de produccion ó sea su precio necesario: sobre este precio fijará una cantidad que sea su verdadera ganancia, cantidad que mientras más pequeña sea, más facilitará los cambios y las transacciones mercantiles. Conviene que no echés esto en saco roto, pues si llegas á insistir en elaborar chocolate y en venderlo á ocho reales, es fácil que des salida á muy poco y se eche á perder de viejo lo demas, al paso que poniéndolo á seis lo venderás todo indudablemente.

—Pero esto no puede ser en absoluto, me dirás. ¿Quién fija, por ejemplo, el precio del tabaco? ¿Quién lo fija á un cuadro de Rafael de Urbino?

Preguntas son esas á que deseo dar contestacion cumplida.

Cuando una persona, ó una sociedad ó un gobierno tienen el derecho exclusivo de hacer determinadas cosas, dicen los economistas que ejercen un *monopolio*. La etimología

de esta voz denota que uno explota á muchos ó que muchos son víctimas de uno, lo cual, como comprendes, no habla mucho en su elogio. El monopolio, por lo tanto, es siempre injusto é inconveniente; pero cuando lo ejerce el gobierno puede tolerarse, por ser uno de los medios de que dispone para atender al sostenimiento de las cargas generales. Algunos economistas añaden que el monopolio de la fabricacion del tabaco, se halla disculpado por la circunstancia de que el gobierno garantiza de ese modo al comprador la buena calidad del género; pero yo he observado que los que esto dicen, ó no fuman, ó fuman habano, ó de contrabando.

Queda contestada tu primera pregunta. En cuanto á la segunda, ó sea la de quién fija el precio á un cuadro de Rafael de Urbino, mi contestacion no será ménos explícita. El precio debe responder como sabes al valor de los objetos, y si éste aumenta cuanto la produccion es más limitada, dime si un cuadro de Rafael, una estatua de Alonso Cano, ó sencillamente un brillante de gran tamaño, son objetos que pueden abundar en el mercado en un momento dado. Sus propietarios ejercen indudablemente un monopolio; pero monopolio que se halla disculpado por los mismos principios económicos y que no afecta á la generalidad, que se pasa perfec-

tamente sin el cuadro, la estatua ni el brillante.

Al hablar del monopolio, es justo que dedique dos palabras á los privilegios de invencion ántes de cerrar esta carta. Muchos creen que el privilegio de invencion concedido por el gobierno á un industrial supone en primer término la bondad del sistema ó invencion á que se concede, y en segundo la proteccion del mismo gobierno para que ejerza el monopolio de su venta. Nada de esto es exacto. El gobierno, á quien no puede concederse una sabiduría infalible en todo, no podría conceder justamente lo uno ni lo otro, y reduce su mision en materia de privilegios de industria, á examinar el procedimiento que le presentan, y si está pedido en regla y no se ha concedido otro igual y paga el interesado cierta cantidad en moneda de buena ley, le concede un título de propiedad que le autoriza á decir que su invento está pri-

vilegiado, pero obligándole á que añada que lo está sin garantía del gobierno. Entónces el industrial se convierte en comerciante, y no pudiendo eludir la ley, pone sobre el objeto en letras muy gruesas PRIVILEGIADO, y añade en iniciales microscópicas S. G. D. G., que quieren decir *sin garantía del gobierno*.

Fíjate en cualquier producto privilegiado y te convencerás de lo que te digo.

De todas maneras, y por más cortapisas que se le pongan, no estoy por el privilegio, á causa del monopolio que puede entrañar. Así lo manifesté no ha mucho tiempo en un librejo en verso, al definir el privilegio:

..... Proteccion
abusiva. Facultad
de poder medrar los ménos
perjudicando á los más.

(Se continuará.)

M. OSSORIO Y BERNARD.

EL CIEGO.

FÁBULA.

Quedóse en cierto lugar
Ciego un pobre caballero;
Mas, discolo y altanero,
No se dejaba guiar.
Decia la buena gente:
—Qué lástima! Si tropieza!...

Pero él, duro de cabeza,
Continuaba impenitente.
Y era tan terco y tan malo,
Que si alguien, su falta al ver,
Lo queria socorrer,
Contestaba con un palo.

Ante tan pesada broma,
 Todos de hombros se encogian;
 Le dejaban, y decian:
 —Que con su pan se lo coma.
 Largo tiempo se pasó
 Sin dejar su loca idea,
 Y la gente de la aldea
 Ya en el ciego no pensó.
 Cierta dia, por su mal,
 Se dirigió á una alquería
 Muy cercana, donde habia
 Un gran pozo sin brocal.
 Advirtióle un buen vecino
 Lo del pozo; y él, osado,
 Contestó: —Voy descuidado
 Porque conozco el camino.

Callóse el buen lugareño
 Del audaz compadecido,
 Y el ciego, siempre atrevido,
 Tomó el camino risueño.
 Mas quiso su mala suerte
 Que el sendero equivocando,
 Cayese al pozo rodando
 Y allí encontrara la muerte.

.....

*Niños, al ciego mirad
 En vuestra clara conciencia,
 Y ved que la inexperiencia
 Es la mayor ceguedad.*

MANUEL GENARO RENTERO.

EL LOBO Y LA ZORRA.

FÁBULA.

Una zorra, cierto dia
 En el campo se encontró
 A un lobo; le saludó
 Con la mayor cortesía,
 Y de este modo le habló:
 —¿Dónde, amigo, caminais?
 —En busca voy de la suerte.
 —Pues mi camino llevais.
 —¿Con qué elementos contaís?
 —Yo soy astuta.—Yo fuerte.
 —¿Quereis que los dos firmemos
 Un trato y nos ayudemos?
 —¡Somos ambos tan distintos!
 —Cierto, mas nos parecemos
 En nuestros malos instintos.
 Ambos de carnicería
 Estamos siempre sedientos,
 Y no nos vemos contentos
 Si no contamos al día
 Nuestras victimas por cientos.
 Vos, de vuestra fuerza usando,
 Los ganados destrozando,
 Sois terror de los corderos;
 Y yo, mi astucia empleando,
 Soy coco en los gallineros.

Vois sois jóven y sois fuerte,
 Yo soy muy falsa y muy vieja;
 Ambos buscamos la suerte:
 La razon nos aconseja
 Amistad á vida ó muerte.
 La fuerza y la astucia unidas,
 Aumentando nuestras mañas,
 Nos darán fuerzas crecidas
 Para ver nuestras hazañas
 Felizmente concluidas.—
 Así la vulpeja habló;
 Escuchóla el lobo atento,
 Y despues que concluyó,
 De fiel amistad la dió
 Palabra, con juramento.
 Ya unidos los dos, trataron
 De explotar la sociedad,
 Y en el momento empezaron,
 Dando suelta á su crueldad,
 Y mil victimas causaron.
 Vil y astuta la vulpeja,
 Experimentada y vieja,
 Los negocios dirigia;
 Y el otro, como una oveja
 De manso, la obedecia.

Así los años corrieron,
Y los estragos que hicieron
Fueran de contar prolijos,
Y bien pronto el terror fueron
De los vecinos cortijos.
Pero la zorra, cansada,
Retirarse decidió
De aquella vida malvada,
Y al objeto, una emboscada
Á su *socio* preparó.
Sabiendo que un cepo había
En un corral no distante,
Llena de astucia y falsía,
Á su cómplice ignorante
Llevó al corral cierto día.
Él, incauto y confiado,

Quedó en el cepo cazado;
Pero se pudo vengar
Viendo á la zorra espirar
En otro que estaba al lado.
Así, de la misma suerte
Vieron la astuta y el fuerte
Castigada su maldad;
Y acabó la *sociedad*
Dando á los *socios* la muerte.

*En todas las ocasiones,
Cuando son malas acciones
Las cadenas que nos atan,
Se rompen los eslabones,
Pero jamás se desatan.*

VENTURA MAYORGA.

PEPITO EL TRAVIESO.

(Continuacion.)

Apénas se habian pasado unos cuantos días despues de su última hazaña y cuando ya el recuerdo de ella se iba borrando en su familia, comenzó Pepito á idear nuevamente otra de las suyas.

Esta vez le dió por hacer rabiarse á sus compañeros de escuela, y al efecto empleó algunos días en pensar la mejor manera de conseguir su objeto.

Despues de mucho maquinar y tras mucho discurrir, ocurriósele, por último, una diablura que le pareció la más sublime de todas cuantas hasta entóncees habia llevado á cabo.

Hé aquí lo que imaginó el bueno de nuestro héroe: recordando que en el despacho de su papá habia una porcion de legajos perfectamente atados con bramante muy fuerte, entró una tarde en aquella habitacion aprovechando un descuido de su madre, y desató uno por uno los legajos, con objeto de aprovechar el cordel para realizar el plan que habia concebido; hecho esto, y á fin de que sus padres no se apercibieran por el pronto, cogió los legajos desatados, y revueltos todos los papeles que contenian, escondiólos detras de un armario y salió del despacho tan tranquilo; á la ma-

ñana siguiente fué á la escuela, y mientras los demas chicos daban la leccion, metióse debajo de las mesas y fué atándolos de los piés uno por uno, aprovechando para ello el cordel que la noche ántes habia robado en su casa.

Pepito, ayudado sin duda por el demonio, realizó su idea con toda felicidad, y ni uno siquiera de los muchachos se apercibió de nada hasta el momento de la salida.

Apénas el profesor habia dado la hora de marcharse, fueron los chicos á levantarse de sus puestos, y allí fué Troya; intentólo el primero, y al ir á dar un paso, cayó de bruces sobre la mesa tirando al suelo una muestra y derramando por el pavimento el contenido de un tintero; el niño inmediato, queriendo ayudar al caido trató de levantarse y ocurrióle lo mismo que al primero; y como todos los niños estaban atados unos á otros, repitiéronse las caidas y los golpes, y á los pocos instantes la escuela era un campo de Agramante, y por todas partes se veian libros tirados, tinteros rotos, muestras hechas pedazos, y todo esto confundido con los chicos, que enredados unos en otros rodaban por el suelo sin conseguir levantarse.

Aquella diablura de Pepito, tan felizmente realizada, fué causa de que al niño se le expulsara del colegio, y su papá, justamente enco-

lerizado por ello, y asimismo por el desbarajuste que en sus papeles habia hecho, le dió una paliza espantosa y le tuvo encerrado tres meses, sin que en todo este tiempo viese la luz del sol, y sin otro alimento que un pedazo de pan y un sorbo de agua clara.

Pasados aquellos tres meses, y despues de haber hecho formal propósito de enmienda, salió Pepito de su encierro.

Otro en su lugar habríase curado de su genio travieso, pues las dos correcciones recibidas bastaban para ello; pero nuestro Pepito tenía, como ya he dicho, el diablo en el cuerpo, y nada podia corregirle.

A los pocos dias de verse libre tomóla con su hermanito, el pobre Juan, que era el reverso de la medalla: sabíase siempre las lecciones, era juicioso y bueno, y sus padres premiaban las buenas cualidades del niño comprándole muy lindos vestidos y regalándole á menudo bonitos juguetes.

Esto era muy justo; pero como nuestro Pepito, á más de ser travieso era envidioso, no podia ver con tranquilidad que á su hermano le compraban juguetes, mientras que él estaba encerrado en su cuarto.

Por el pronto esta envidia de Pepito tradúciase solamente por desprecios á su hermano; pero un dia en que su padre compró á Juanito un elegante juguete no pudo ya re-

sistir, y despues de destrozar el juguete, y abusando de su fuerza, la emprendió á cachetes con el pobre Juanito, miéntras Luisita lloraba á lágrima viva viendo que tan cruel-

mente maltrataba á su hermanito.

Al saber el papá la última hazaña, encolerizóse de tal modo que resolvió castigar al travieso niño de una manera mucho más dura que



hasta entónces, decidido á todo ántes que consentir por más tiempo las malas acciones de Pepito, y resuelto á cortar de raíz sus inclinaciones ántes de que robustecidas és-

tas con la edad llegaran á convertirse en delitos.

(Se continuará.)

CÁRLOS AGUIRRE.

POS FLORES.

De un ameno pensil en la pradera
Crecian á la par dos gayas flores:
La una, con amor besada era
Por las auras de Mayo;
Y á la otra, del viento los rigores
Arrancaron las hojas de su tallo.
La primera del cielo fué elegida;

La segunda juguete fué del viento.

*Igual en el jardin de nuestra vida
Flores hay que el destino
Suele besar con su aromado aliento
Y otras que arrastra en raudito torbellino.*

JAVIER SORAVILLA.



EL PRÍNCIPE AMADO.

CUENTO.

(Continuacion.)

II.

Creció Amado en medio del cariño universal, y sus juegos y sus ocurrencias traían embelesado al reino entero. Por supuesto que, consecuentes con el programa de educación que adoptaran, sus padres prevenían los más mínimos caprichos del heredero; y si en la época de la lactancia no le dieron dos amas en vez de una, fué porque los médicos de palacio declararon

que tal exceso podría comprometer su salud. No bien el príncipe comenzó á interesarse por los objetos exteriores, le pusieron entre las manos cuanto señalaba con su dedo; y como llega una edad en que los niños quieren tocar á todo, no hay que decir las preciosidades que hizo añicos sin saberlo el príncipe. En sólo una mañana destrozó la colección más rica de porcelanas y esmaltes que poseía Colmania, y que se guardaba en el museo de los re-

yes como tesoro artístico inestimable. También tuvo el placer de reducir á fragmentos unos abanicos delicadísimos de nácar y marfil, regalo de boda que estimaba mucho la reina Serafina, y unas sabonetas muy curiosas que el rey Bonoso se entretenía en arreglar y poner en hora diariamente; sin hablar de las flores exóticas que arrancó en el invernadero, ni de los libros raros y únicos que rasgó en la biblioteca. Al empezar la época de los juguetes, ya se comprenderá lo pronto que Amado se aburrió de trompos, pelotas, cuerdas, soldados de plomo, tambores y otras baratijas comunes; todos los días pedía juguetes nuevos y distintos, y hé aquí que Colmania se puso en conmoción para idear novedades que distrajesen al príncipe. Llamados de real orden acudieron á palacio los mecánicos más hábiles, y se dieron á discurrir, creando muñecas que hablaban, cantaban y bailaban; bueyes que pacían, borricos que rebuznaban, y multitud de artificios semejantes; pero sucedió que Amado hacia ya muecas de desden á cada invención: y por último, una noche, habiendo visto la luna, que apacible y majestuosa se reflejaba en un estanque, se empestilló en pedir aquel juguete, que le gustaba más que todos. Al verle patear y llorar, el rey Bonoso se puso casi de rodillas ante el mejor mecánico, rogándole que por

Dios hiciese una luna falsa para aplacar á Amado con ella. El mecánico labró un lindo disco de plata muy reluciente, y haciendo como que se inclinaba al estanque para recogerlo, lo entregó al príncipe. Pero éste que, según la promesa del hada, no tenía pelo de tonto, siguió gimiendo, y asegurando que aquella luna era de mentirijillas, y que no alumbraba como la otra. En semejante ocasión es fama que el mecánico, anticipándose mucho á los adelantos de la ciencia moderna, descubrió una aplicación de la luz eléctrica, por medio de la cual logró que el disco esparciese una claridad suave como la de la luna, y contentó á Amado, haciéndole creer que poseía realmente el astro nocturno.

Pisando así sobre rosas, y viendo prevenidos sus deseos más leves, fué el príncipe haciéndose de párvulo niño, y de niño mancebo, y cumpliendo los diez y ocho años sin haber aprendido cosa de provecho; porque, es claro, como su primer movimiento fué negarse á trabajar y á estudiar, nadie soñó en insistir ni en molestarle. Por otra parte, su buena memoria y su natural despejo suplían un tanto á la instrucción que le faltaba; y como era además de listo muy guapo, rubio como unas candelas, con unos ojos azules que daban gloria, toda Colmania consideraba á Amado el

más perfecto de los príncipes. Notábase, eso sí, que Amado tenía el rostro algo descolorido, y los bellos ojos algo apagados y tristes; que no mostraba interes por cosa alguna de este mundo, y que despues de una temporada en que tuvo gran afición á perros, y despues á loros y pájaros, y por último á la caza de cetrería, que se hace con unas aves amaestradas que llaman halcones, el príncipe habia caído en absoluta indiferencia, y su hermoso semblante revelaba un aburrimiento invencible. Temióse que su salud se hubiese alterado, y el reino hizo públicas plegarias por su restablecimiento, con tanto más motivo, cuanto que hallándose el rey Bonoso muy cascadito y viejo, y la reina Serafina hecha una pasa, nadie dudaba de que presto pondrian ambos el cetro en manos de Amado, retirándose ellos del gobierno y del trono. Y es de advertir que los colmanienses deseaban muchísimo que así sucediera, porque desde hacia algunos años el reino andaba muy mal regido y los vasallos descontentos. El rey y la reina, buenos como siempre, pero embobados con su hijo, descuidaran los asuntos públicos, y un ministro orgulloso y audaz, el conde del Buitre, se hiciera dueño del poder cargando al pueblo de tributos, persiguiendo aquí, encarcelando acullá, y dándose tal maña en derrochar los fondos

del Erario, que si en Colmania hubiese papel del tres, de fijo estaria casi tan por los suelos como el de España. Bonoso y Serafina se quejaban, pero no tenían resolucion para coger al ministro y castigarlo debidamente: y entre tanto, en Colmania habia muchas provincias cuyos habitantes perecian de hambre ó se alimentaban con las yerbas y raíces del monte, no queriendo cultivar sus heredades, porque no les producian lo necesario para satisfacer las contribuciones inmensas que exigia el conde del Buitre. De manera que el pueblo, irritado y furioso, maldecia al ministro, y hablabá de sublevarse y de arrojarlo por fuerza del poder.

El rey y la reina, aunque no dejaban de afligirse por lo que sabian del mal estado del país, por más que el conde del Buitre se lo ocultaba todo lo posible, pintándoles al contrario una situacion muy halagüeña, pensaban principalmente en Amado, cuya apacible melancolia empezaba á inquietarles. Si bien no imaginaban haber omitido nada para hacer á su hijo feliz, tenían unos barruntos de que no lo era, viéndole pálido y abatido. Consultaron al médico de cámara, el cual recetó una temporada de campo. Los reyes entónces se fueron con el príncipe á un magnífico sitio de recreo que se llamaba Lagoumbroso, y que estaba casi en las fronteras

del reino, tocando con el país de Malaterra. Este lugar, que pocas veces visitaran los reyes, era amenísimo y de un aspecto singular. Grandes bosques de árboles centenarios, cubiertos de musgo y líquen, rodeaban por todas partes un lago diáfano y sereno, en una de cuyas orillas, y sobre imponentes peñascos, se elevaba el castillo, residencia real; el castillo era ya muy antiguo y de arquitectura grandiosa; sus torres, cercadas de balconillos calados de granito, se reflejaban en el lago; y la hiedra, trepando por los muros, daba graciosísimo aspecto á la azotea, en cuyo borde unas estatuas de mármol, amarillentas ya con la intemperie, se inclinaban para mirarse en el lago también. Era tal la frondosidad de aquel parque, que parecía que jamás el pié humano pisara sus sendas. A Amado le gustó mucho el sitio, y mostró animarse paseando por él y recorriéndolo en todas direcciones, por más que á los pocos días volviese á mostrarse taciturno y alicaído como ántes. Una tarde el rey y la reina salieron con Amado, dirigiéndose á un punto muy fragoso del bosque que no conocían aún. El rey Bonoso, aunque sus años y sus achaques no le hacían muy á propósito para sosten de nadie, daba el brazo á Amado porque éste no se fatigase; y detras iban dos pajes, dispuestos á reemplazar al rey

y á servir de apoyo al príncipe. Más atras venia un palafrenero, llevando del diestro el caballo favorito de Amado por si á éste se le ocurría montar; y despues seguian lacayos con una silla de manos, otros con blandos cojines, otros cargados de refrescos y dulces, todo por si el príncipe experimentaba en la selva ganas de sentarse, ó de comer, ó de beber. Amado fué despacio y por su pié hasta el sitio marcado, que era un valle en que un torrente, saltando entre dos negras rocas, caia al borde de un prado de fresca y menuda yerba, bañando las raíces de álamos gigantescos que sombreaban la pradería. Esta convidaba al descanso, y olia á manzanilla, á menta, recreando la vista con las mil flores silvestres y acuáticas que al lado del torrente abrian sus corolas. Amado se quiso tender sobre el tapiz de helechos y ranunclos; pero por listo que anduvo, ya sus pajes le colocaran en el suelo dos ó tres almohadones de terciopelo y seda, en los cuales quedó sentado. Estuvo así un rato sin hablar palabra, hasta que un espectáculo nuevo atrajo su atencion. Al otro extremo de la pradería vió á un hombre que con un hacha estaba partiendo las ramas secas que alfombraban el piso, y juntándolas para reunir un haz de leña. Manejaba el hacha con tanto garbo, que Amado no apar-

taba la vista del leñador. Amado se levantó, y escurriéndose entre los árboles, logró acercarse sin que el trabajador lo sintiera, y observarle. Era un mancebo de unos veinte años, pero robusto y vigoroso, con músculos de acero que se señalaban en su cuello y brazos á cada golpe del hacha. Su estatura era alta y su rostro noble y distinguido: y lo más extraño para Amado fué ver que el pobre leñador llevaba bajo un traje tosco una fina camisa de batista, y que los largos rizos de su cabello castaño oscuro relucían y eran suaves como si estuviesen ungidos de balsámico aceite. Amado salió de la espesura, y llegándose al leñador, empezó á hacerle mil preguntas, á que éste contestó con respeto, pero sin turbarse. Dijo que se llamaba Ignoto, y como Amado se empeñase en que le habia de mostrar su cabaña, el leñador le condujo á una próxima y muy pobre, en que sólo habia un cántaro con agua, un banco de madera y tres ó cuatro pucheros y escudillas de barro. Amado, que simpatizaba cada vez más con Ignoto, no paró hasta que le hizo comer de los exquisitos manjares y catar los vinos y helados que suspajes traían, á lo cual se prestó el leñador con muy buen apetito, asegurando que pocas veces gustara tan delicadas golosinas. El rey y la reina se maravillaban de lo divertido que Amado

parecia hallarse con el leñador, y propusieron á éste que entrase al servicio del príncipe: pero Ignoto, con gravedad que hizo reír á toda la comitiva, contestó que su clase no le permitía servir á nadie, ni aún al heredero de una corona. Con esto se despidieron, y Amado prometió volver al otro día para pasar un rato con el leñador.

Pero aquella noche ocurrió una cosa muy terrible en Colmania. Y fué que el traidor conde del Buitre, sabiendo que el pueblo estaba decidido á aprovechar la ausencia de los reyes para vengarse de él, y conociendo que no podría resistir á la sublevación porque hasta su misma guardia le quería mal, escribió una carta al rey de Malaterra, ofreciéndose á entregarle el reino de Colmania, si prometía hacerle á él primer ministro de ambos reinos juntos. El rey de Malaterra, que, como sabemos, era ambicioso y se moría por poseer á Colmania, aceptó en seguida, y á favor de la noche invadió el reino, sorprendiendo á las tropas descuidadas y penetrando en los cuarteles por medio de las llaves que el conde del Buitre poseía. Colmania se rindió por sorpresa; y un destacamento, mandado por el mismo rey de Malaterra, se dirigió al castillo de Lagoumbroso á prender á los reyes. Sin dificultad lo consiguieron; pero Amado, á quien despertó el tumulto, pudo ocultarse

dentro de un jarron enorme que contenia flores artificiales, con tal primor imitadas que parecian verdaderas. Allí, cubierto de dalias y rosas de trapo, oyó el príncipe pasar á los que le buscaban, y les escuchó decir que si á los reyes viejos se contentarian con llevarlos á Malaterra cautivos, á él era preciso matarle, porque así no habia que temer que hoy ó mañana reclamase su trono. Cuando los perseguidores se alejaron, despues de registrar

mucho, salió Amado de su escondite, y viendo la ventana abierta y la azotea delante, arrancó un grueso y largo cordon de seda que recogia el cortinaje de su lecho, lo ató al balaustre, y se descolgó por él hasta el pié del castillo, desde donde, y como si tuviera alas en los talones, emprendió á correr, y no paró hasta la cabaña de Ignoto.

(Se continuará.)

EMILIA PARDO BAZAN.

CONVERSACIONES DE UN PADRE CON SUS HIJOS SOBRE HISTORIA SAGRADA.

CONVERSACION CUARTA.

Sucedió, pues, mis buenos amigos, que al punto que Adan y Eva comieron del fruto del árbol que estaba vedado para ellos, en aquel momento, como ya os dije, perdieron la inocencia que formaba su más preciosa joya y todos los dones y encantos de que estaban revestidos. Comprendieron, aunque tarde, el delito que habian cometido y la pena á que quedaban sujetos.

—¡Ah! niños míos, se me figura ver en este instante á nuestros primeros padres cruzar las frondosas sendas de aquel delicioso lugar con paso vacilante é incierto, avergonzados de sí mismos; el rostro demudado, cubierto de pálida tristeza y lleno el corazon de amarguissi-

mo dolor y de terrible angustia...

¡Qué pesar tan profundo agobia su alma! ¡y cuán inmensa es su pena al oír la poderosa voz de Dios que les llama como severísimo juez para hacerles ver su delito y señalarles la pena que han merecido!.. ¡Oh! su aturdimiento llega hasta el punto de imaginarse poder escapar de su presencia internándose en la oscuridad de los bosques. ¡Vana y pueril creencia!.. Dios con su mirada infinita los veia y contemplaba con su inexorable justicia, y preciso era que sufrieran su presencia y oyesen la pena que les estaba señalada. Convencidos de lo inútil que era el pretender ocultarse de su vista, llenos de temor y de

vergüenza aparecieron delante de su Dios y Criador. Llegados que fueron allí, é interrogados por qué habian desobedecido sus órdenes, trataron de excusarse uno con el otro, igual á lo que haceis vosotros cuando os reprenden por alguna falta, que luego tratais de excusaros echando la culpa á vuestros hermanos ó á los que están en vuestra compañía.— Estas excusas ó disculpas de nada les sirvieron, y el Supremo juez condenó á todos cuantos habian tenido parte en el delito. A la serpiente le dijo:— «Por cuanto has hecho esto, maldita eres entre todos los animales y bestias de la tierra: sobre tu pecho andarás, y tierra comerás todos los dias de tu vida.» Sentencia que se ha cumplido al pié de la letra segun podeis ver al recordar cómo suelen arrastrarse las culebras por los caminos. Y á la mujer la condenó diciéndole:— «Multiplicaré tus miserias y estarás bajo la potestad de tu marido y él tendrá dominio sobre tí.» Dijo asimismo al hombre estas terribles palabras: — «Por cuanto oiste la voz de tu mujer y comiste del árbol de que te habia mandado que no comieras, maldita será la tierra en tu obra; con fatigas comerás de ella todos los dias de tu vida. Espinas y abrojos te producirá y comerás la yerba de la tierra.» Y le dijo aún más:— «Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas á la tierra de donde fuiste

tomado; porque polvo eres y en polvo te volverás.»

Lo más triste es, niños mios, que este delito ó pecado fué trasmitido juntamente con la sentencia que recayó sobre él á todos nosotros, y es el quese llama en el Catecismo (librito por donde estudiais en la escuela la doctrina cristiana) pecado original; y esto es claro: ellos han sido nuestros primeros padres, de los cuales todos procedemos, y así es consiguiente que al descender y salir de ellos nos transmitieron su culpa y los efectos de ella, como el agua de un manantial impuro ó de mala calidad, vaya por donde quiera, llevará siempre consigo el defecto de su origen.

Conozco vuestra impaciencia y voy á terminar: despues que Dios Nuestro Señor impuso aquellas sentencias que acabo de trascribiros, Adan y Eva fueron arrojados del Paraíso, y puesto delante de él un querubin con una espada que arrojaba llamas, como nos dice la Escritura Santa. Con pesar profundo y afliccion sin igual, herida el alma de dolor y de tristeza, salieron Adan y Eva de aquel lugar de delicias. Seamos siempre obedientes y sumisos á la voz del Señor para no caer en los rigores de su justicia; y hasta otro dia que podamos seguir conversando amigablemente sobre historias tan buenas y santas y ejemplares.

RAMON SEGADÉ CAMPOAMOR.



Son pequeñitos, pero prometen.

Ahí les teneis dejando que el libro descanse sobre las duras piedras de la calle y preparándose á jugar al *chito*, con lo cual, á la vez que ejercitan su puntería, irán preparándose para más altas empresas, tales como asistir á las casas de juego, comprometer su bienestar al monte ó perder la salud en la ruleta.

Lo malo es que dos de los niños que veis juegan por vez primera y por divertirse, aprovechando la oportunidad de tener unos cuartos que sus familias les han confiado para comprar un libro, mientras que el otro de los muchachos, acostumbrado á los azares del juego y á la vida de la calle, sonríe satisfecho viendo ya en su bolsillo las monedas de sus dos amigos.